

IV

Quite usted á los camareros, muy habituados al tumulto de la casa, y sólo un valiente de profesión habriase atrevido á cruzar por entre las mesillas rodeadas de parroquianos ó por entre los grupos de éstos que, faltos de asiento, apuran sus bebestrajos frente al mostrador y en los huecos disponibles de las tres piezas que componen el restaurante y cantina del "Tivoli Central", por mil títulos afamado establecimiento nocturno y pecador. Sobre que no nada más en él se cena y se bebe, nó señor, también se baila y se riñe, y hasta se mata... De día, mírasele desierto, con un cliente que otro empeñado en comer lo que le sirven de mala gana en los gabinetes aún con tufo de alcoholes vertidos, de humo de tabaco que no ha tenido tiempo de desprenderse de techos y paredes, y un sutilísimo vagar de perfume desmayado y delator de que por ahí pasó una mujer ó han pasado varias ¿cuántas?... ¿con quién?... El perfume aquel percíbese apenas; el foco de luz incandescente que pende del techo y leve oscila á causa de las miriadas de moscas que en su cordón y en su bombilla tienen domicilio sin cesar invadido y abandonado; los muros, con su papel rasguñado á

trechos, sucio y marchito; la mesa, manchada, y las sillas mancas é inseguras, todo calla, naturalmente, todo oculta lo acaecido la vispera, lo que acaecerá esa noche, todo parece dormir pésado sueño orgiástico... Las puertas corredizas de los gabinetes, diríase que bostezan; que bosteza el destartalado salón de baile y la cantina espaciosísima; que bosteza el jardín de flores mustias y deshojadas, de camellones y arriates pisoteados, cual si por encima de sus matas enlodadas y difuntas hubiese pasado en destructor tropel algún ganado salvaje que también hubiese apurado el agua de la fuentecilla del centro, cuyo chorro escurridizo y débil más simula lágrimas incontenibles de honda pena desahuciada, y en cuyo liquido sobrante, de color sospechoso, zozobran botellas vacías, colillas de cigarros y puros, en ocasiones, un mechón de cabello, un retrato despedazado, una peineta que allí arrojaron anónimas manos de alguien que padecía de celos y demandaba olvido con ese raptó de despecho iracundo y estéril.

Y el día discurre, pesadamente; pesadamente discurre la tarde, y al anochecer, entre dos luces, van las sombras penetrando en el jardín, á modo de malhechores que de lo alto de los muros se deslizaran para, primero, apiñarse en los rincones y no ser vistas, y luego, reforzadas por las que sin cesar siguen deslizándose y deslizándose, adelantarse todas, recostarse en los camellones y arriates, refugiarse en las copas de los escasos y enclenques árboles del patio, bañarse en la sucia agua de la fuente é invadir el local, victoriosas, amenazantes, hasta que, de

súbito, un relámpago las destroza, las desaloja de sus posiciones y las hacina en los ángulos, unas sobre de otras, en enorme masa incorpórea y negra. Es el alumbrado eléctrico del establecimiento el autor de la derrota: un potente foco de arco á la mitad del patio, encima de la fuente, como suspendido en los aires; un sinnúmero de focos incandescentes, de la cantina y de los gabinetes, cuyos luminosos rayos intranquillos salen al jardín desde ventanas y puertas, en decidida persecución del enemigo. El edificio se despereza por dentro.

Con el arribo de camareros,—que en obscurísima covacha depositan sombreros y requieren delantales;—con el arribo del cocinero y ayudantes,—que en cocinas y pasadizos se sumergen sin saludar á nadie,—la casa se reanima. Ya el cantinero, (un piemontés rubio y blasfemo, gran fabricante de ponches de "catalán",) se ha encasquetado su fez rojo, se ha enfundado en almidonada chaqueta y de espaldas al mostrador, frente al espejazo y á las baterías de botellas multicolores recuenta en el registrador automático las fichas que los camareros truecan por dinero. Y éstos, agrupados, realizan el intercambio, hacen cálculos con los dedos ó con las monedas en la palma de la mano, mientras el del Piemonte apila fichas y vomita "*per Bacos*" y "*porcas miserias*" á centenares. Del destartalado salón de baile salen nubes de polvo, carraspeos de escoba y eco sonoro de los bostezos del barrendero, que es, además, conserje con habitación en el piso alto, donde figuran los gabinetes reservados para personas de grandísimo viso. Las

cocinas exudan incitantes olores y fugaces llamaradas de cuando en cuando, que remedan incendio; y á las puertas exteriores, de par en par abiertas, se les fijaron ya sus rejillas giratorias. Por ahí la calle abalanza sus ruidos: mucho rodar de tranvías y coches, mucho pataleo de caballos, mucho charlar y mucho reír, mucho griterío y mucho voceo de diarios:

—¡"El Tiempo" de mañana!... ¡"El Mundo" de hoy!...

Y la inmensa ciudad lasciva se regocija é ilumina, porque una noche más es dueña suya.

En el "Tivoli Central" dan principio las actividades; sus empleados apercibense para el ruido batallar que á él los encadena; sus departamentos púeblanse lentamente de consumidores silenciosos y pacíficos á las primeras horas, camorristas y agresivos conforme la noche envejece y por vieja consiente los mayores desmanes. Todavía hasta las 12 el movimiento es acompasado, se cena en calma y se bebe despacio. A lo sumo si asoma una mujer cinco minutos, fugada de su cárcel, y va y consueta con apasionado ósculo y secreteo nervioso al amante gratuito que la esperaba en una mesita apartada, prolongando una económica "cerveza chica". Diálogo punzante, entrecortado de caricias enfermizas; ella á medio sentar en una pierna de él y él aprisionándole la cintura sin corsé, rabiosamente; ella y él mirándose en los ojos, muy próximos los rostros entristecidos, las juventudes de ambos en mudo duelo por las voluptuosidades ya gustadas y por las que no podrán gustar aquella noche en que la muchacha

tiene que alquilarse al "otro", cualquiera, el que paga!... Y se exigen fidelidades, pronuncian juramentos; la mujer recuesta la cabeza en la espalda del hombre cerrando los ojos y el hombre la besa en el misterioso y variable lugar en que la hizo su esclava al hacerla vibrar por la primera vez; la besa en la nuca ó en las pestañas ó en la oreja.

—¿De veras no vendrás á bailar? ¿no bailarás con Fulana ni con Zutana?...

—¡Te lo juro, te juro que nó! Pero tú júrame que...—y al oído le murmura quién sabe qué depravaciones íntimas, que ni ellos mismos ¡tan depravados ya! se atreven á confesar por lo alto.

Vuela el tiempo; los cinco minutos expiran y hay que separarse, que poner término á la escena. Bruscamente, la mujer se levanta, huye por no delinquir quedándose ahí, pegada á ese cuerpo más poderoso que imán, al que desde la puerta contempla hambrienta de gozarlo y resignada con no poder hacerlo... Luego, se escapa, se tira á la calle, y las rejillas giratorias que quedan meciéndose por la embestida, como que titubearan entre seguir á la fugitiva ó ir y reconfortar al abandonado. Si el individuo posee aún miajas de sentido moral, guarda trágica actitud: hacia atrás el sombrero, en la mesa los codos y los dedos crispados en el cabello, mirando sin ver el delgado hilo de la cerveza derramada cuando huyó su querida, que serpentea despacio por sobre el mármol... Si nada sano conserva, ve también el delgado hilo de cerveza, mas lo ve sin protestas, yendo á humedecer un billete de á cinco pesos, rugoso y oliente á perfume, que

se destaca de las blancuras del mármol y que la mujer dejó diz que olvidado.

El camarero, un filósofo, se aproxima á enjugar con su servilleta la cerveza vertida y toma órdenes:

—¿Traigo otra "chica"?

Momentos antes de la 1 se aparecen los músicos, y en compacta hilera se detienen junto al mostrador sin descuidar sus instrumentos respectivos, sus abrigo y sus paraguas; algunos plantan encima del mismísimo armatoste las cajas que encierran un violín, un corneta-pistón, y que por negras é irregulares en su forma despiertan, al pronto, idea de ataúdes para fetos contrahechos. El cantinero, que de memoria sabe lo que ha de servirles, bufa y sonríe preparándoles su mixto, los insulta en broma, y ellos limitanse á saludarlo con el apodo que le inventaran por mor de su pésimo genio y de su nacionalidad, y que la clientela ha hecho suyo:

—¿Cómo te va, *Ravioles*?

Los teatros han terminado sus espectáculos y arrojado de su seno á los espectadores con mucho de incivil en el procedimiento. Unos cuantos instantes de espera y, en seguida, á apagar los globos de las salas, á descorder los telones, que eructan polvo, sombras y hedores extraños de humedad y de materias indeterminables; á cerrar los pórticos, para que los perezosos, los que retardan la marcha entiendan que aquello se concluyó. ¿Pagaron y los divirtieron?... pues, ¡afuera! ni los unos ni los otros se deben un céntimo. Sale la gente con cierta prisa, antes de que apaguen y cierren; los coches se arremoli-

nan cabe las aceras; piafan los animales; gritan los automedontes; silban los "golfos!". Los gendarmes de á pie, mohinos, más ordenan con las manos y los bastones que con la voz, que en el tumulto naufraga; y aquí sujetan un freno, allá reconviene á un auriga ó reclaman el auxilio de sus colegas de á caballo,—apostados por dobles parejas en cada esquina,—quienes atajan al rebelde ó deshacen la aglomeración. Carruajes y pedestres, luego de calmado el motantáneo y jocundo alboroto, distribúyense por las calles, camino de cafés y domicilios. Con el rumor, resucitan los barrios adormecidos; á poco, la masa se desagrega, cada quisque á donde tiene que ir, y el silencio nocturno recupera su imperio, las fachadas de los coliseos,—que semejaban ascuas y brasas por sus multiplicados focos eléctricos,—yacen en las tinieblas.

Entonces el "Tivoli Central" se prepara; los camareros frotan los mármoles de las mesas vacías, que á modo de lápidas de un cementerio fatídico de almas enfermas y cuerpos pecadores, parecen aguardar á que en su superficie graben fugaces epitafios de fugaces amores envenenados, las gotas de vino, las espumas del *champagne*, las cenizas de los cigarros y las lágrimas vergonzantes de los consumidores que á poco han de ocuparlas y de enterrar en ellas monedas é ilusiones, desencantos prematuros é invisibles heridas. El cocinero se suelta el mandil, afirmase el gorro y empuña las sartenes; enciéndense las luces de reserva; el rubio piamontés revisa servidores y botellas; ábrese al público la taquilla de boletos: "¡Señoras solas, gratis;

caballeros, un peso!", y los músicos, tras sus atriles, templan y afinan sus desacordes instrumentos. Del testero de la sala cuelgan un anuncio: "¡Danzón!", y al filo de la 1 y media,—el local ya demasíadamente concurrido,—el danzón estalla con estrépito de tropical tempestad, los timbales y el pistón haciendo retemblar los vidrios de las ventanas, pugnando por romperlos é ir á enardecer á los transeuntes pacíficos que se detienen y tuercen el rostro, dilatan la nariz y sonríen, conquistados por lo que prometen esas armonías errabundas y lúbricas.

Los gendarmes de vigilancia dentro del salón, miranse entre sí, agrio el gesto, y como no pueden prender aquellas notas irreverentes, se atusan los bigotes.

Santa, en pleno período de dominio y boga, en pleno período triunfal de su carne dura, de su carne joven, de su carne al alcance de cuantos anhelaban probarla, llegaba de las últimas á estos bailes, escoltada por brillante cauda de gomosos, lo más conspicuo del "Sport Club". No bailaba; sentábase á una mesa rodeada de su corte, disfrutando de ahí del espectáculo completo. Su mesa favorita,—que gracias á señoriles propinas mantenían desocupada los camareros contra toda demanda y contra todo derecho,—hallábase casi al pie de las gradas que á la sala del baile conducen, con la entrada de la calle á su frente y á su diestra la *emborrachaduría* y las puertas del jardín. Pegada á la pared sentábase Santa, ya con distinciones, modales y palabras de mujer "lanzada" que sabe lo que se pesca. Ni trazas de lugareña le restaban; que su

colorete era de buen tono, irreprochable el pergeño, de dieciocho quilates el oro de sus alhajas, de magníficas aguas sus brillantes y egipcianos los cigarrillos que fumaba. Sabía componer un *menú* y pedir Mumm extraseco, regañar con los mozos y reñir en cualquier parte.

Acostumbróse, ó por decir mejor, la acostumbraron sus parroquianos, á levantarse tardísimo, á bañarse de esponja, á que la peinara peinadora de oficio,—una francesa vieja que á par entendía de estirpar callos y curar de manos y uñas,—y á que en la casa la consideraran de Elvira abajo. Mandábanle siempre coche; cerrado al medio día, cuando la citaban á beber el aperitivo en alguna cantina de prosapia y que ello no obstante, admiten mujeres en sus discretos interiores. A la tarde, coche abierto, una victoria de bandera azul en cuyo respaldar de tafilete, indolentemente reclinada, íbase al bosque de Chapultepec á respirar aire puro, sin más tiranía que pasar por las puertas del club y sonreír desde el fondo de su victoria al trote, al racimo de socios en sus redes cautivos, los que, con sabio estoicismo, juntos se disputaban sus muecas y guiños y por rigoroso orden sucesivo, á noche por barba, con ella se desvelaban en erótica lid. Lo curioso radicaba en que el grupo entero se unía al individuo de turno con Santa, que cenaban en buen amor y compañía, y luego, todos al "Tivoli Central" ó á recorrer prostíbulos, Santa, á guisa de trofeo que á todos por igual pentenciase. A las 3 de la madrugada, hora clásica convenida para que estos calaveras profesionales piensen en descansar, despedíanse, dando

cada cual un beso á Santa y una palmada á su poseedor:

—Vaya, divertirse y hasta mañana que me toca á mí,—declaraba el próximo dueño de la bella, sin protestas de anteriores ó futuros ocupantes.

Y el grupo de amigos se marchaba tan tranquilo, ó decidía ir á dejar á la pareja á los mismísimos umbrales del burdel, ya apagado y mudo, y la despedida, en las sombras del barrio galante, adquiría proporciones de misterioso desfile nupcial antiguo, antiquísimo, anterior á la época en que no se tolera que carne que uno muerde y saborea, otro la haya catado ó á catarla se apreste.

De ahí, pues, el diario aparecimiento de Santa, con su escolta de paladines ricos, de notorios apellidos y de ropas londinenses. Ya se sabía; al llegar ella, principiaba el destapar champaña, y el llamar á perdidas jóvenes y agraciadas de establecimientos inferiores, que se acercaban al distinguido corro con melindres éstas, con encogimientos las otras, con desfachatez las de más allá, provocando iras reconcentradas y tartamudas en sus amantes gratuitos, quienes, á duras penas, permitíanles acudir al llamado. Principiaba una zambra híbrida dentro de la descarada zambra general, debido á que los patricios viejos y muchachos que á Santa escoltaban, según el humor, enseriábanse ó se equiparaban al grueso de concurrentes, cometiendo sus mismos desaguisados é inconveniencias. Lo normal, sin embargo, era mantenerse en un justo medio y calmar los arrebatos de Santa y los de los pe-

leadores de la partida. Romper copas y platos, muy bueno! pero romperse las narices con cualquier quídam, detestable!

Por sus liberalidades, tenían de su lado á *Ravioles*, en primer lugar; á los camareros, y hasta algunos guardianes del orden, que preferían al cumplimiento de la consigna los pesos duros de aquellos "de levita", tan insolentes y borrachos, á su juicio, como los demás, los otros, los del salón y de los gabinetes particulares.

Estos del salón y de los gabinetes particulares, con malísimos ojos veían á la falange de aristócratas y con ojos buenísimos á Santa; de donde resultaba una continua corriente de antipatía mútua, indirectas en voz clara, risas fingidas y de reto:

—*Ravioles!* mándame un puro de frac que no se apague,—gritaba un zascandil, mirando hacia la mesa de lujo.

—*Ravioles!* que me sirvan una pierna de pava limpia y gorda, no de *é*sas... que apestan á esencia,—gritaba una mozueta sin dejar de contemplar á Santa y lastimada porque algún gomoso de los del cotarro, que había sido su cliente, ahora ni con la cabeza la saludaba.

Otras veces, Santa censuraba á tal ó cual compañera de profesión, arrancando una salva de carcajadas despreciativas entre sus co-proprietarios. Y en dos ó tres oportunidades, estalló la bomba alcohólica,—que veneno de alcohol engendraba escarceos semejantes,—con su derribo de mesas y sus sillas enarboladas por lo alto y sus copas volantes estrellándose contra las paredes y manchando suelos y vestidos; con

sus aullidos y sus insultos desentonados, tan soeces, que se diría también se estrellan contra las mejillas y la dignidad del á quien van disparados. Entonces, y mientras los camareros precipitábanse á separar gladiadores; mientras *Ravioles* repartía puñadas de verdad, y los gendarmes apaciguaban el motín, y los músicos á distancia prudente presenciaban la pelea, Santa perdía las buenas formas adquiridas postiza y recientemente; reaparecía la lugareña bravía y fuerte, siendo obra de romanos el aquietarla. Fuera de sí, agredía á gendarmes, desconocía partidarios, no escuchaba súplicas ni amedrentábanla peligros ó amenazas. Desasíase de los que la rodeaban, con los codos, con las rodillas, con sus duros senos de aldeana; y su bellissimo cuerpo trigueño y mórbido adquiría rigideces de acero, griegas curvas atléticas, sonrosada coloración de sangre guerrera y primitiva. Excepcionalmente reñía con las mujeres ¿por qué, si las mujeres no le habían hecho nada?... Buscaba á los hombres, al Hombre, para dañarlo, para herirlo, para marcarlo é infamarlo con sus uñas pulidas y tersas de cortesana, saciando en el que más cerca le quedase al alcance de su cuerpo prostituído el alevoso golpe que le asestara aquél que le quedaba lejos, en sus borrosos recuerdos de virgen violada. Era su furia, cual secreto sedimento de dolor vengativo que arrolla ciegame, que desgarrar cruelmente, que destruye implacablemente por desquitar añejos rencores medio muertos, que de improviso resucitan y de improviso recaen en su letargia. Tanto era así, que á poco, al venir la tregua, al realizarse

la reconciliación de troyanos y tirios, Santa abogaba porque á nadie llevaran preso, acariciaba descalabrados y acababa llorando, mitad de historia y mitad de pena, sobre el hombro del varón á que pertenecía esa noche por precio fijo y voluntad propia.

Bailaba por rareza, pues no entendía jota del valse que sus adeptos denominaban "boston", y en cuanto á danzas y danzones, que deben ser bailados con contoneos lascivos y rítmicos,—una mezcla excitante de "danza del vientre" oriental y de habanera anticuada,—tampoco andaba muy adelantada; sus compañeras de domicilio iniciábanla apenas en el secreto:

—"Te pegas mucho á tu hombre, así, ¿ves?... En la primera parte hay que dar muchas vueltas, mira, como las damos nosotras, casi sin salir de un mismo lugar... y en la segunda, hay que aflojar las caderas, como si se te quebrara la cintura, como si á punto de desmayarte de deleite, huyeras de la cercana persecución de tu pareja que se te va encima, resbalándote para atrás y para adelante y para los lados... ¡Toca bien, Hipo! que estamos enseñando á tu querer..."

De tarde en tarde, entusiasmábase con la orquesta del tívoli; y ora en brazos de uno de sus acompañantes echaba á perder un valse que los filarmónicos le dedicaban, ora en brazos de un extraño gustaba de los encantos del danzón y reía de sus ignorancias, de sus torpezas de aprendiz, de que le formaran rueda y se parasen á reír con ella, á desearla y á aplaudirla:

—¡Bravo, negra! ¡bravo! Que te toquen diana! Chocaba á Santa, por sospechar gato encerra-

do en la estratagema, las noches en que su permanencia y jolgorio en el tívoli prolongábase hasta el amanecer, el que á eso de las 4 se presentara el ciego Hipólito á la cantina y so pretexto de comprar cigarrillos ó de recetarse un trago que intacto permanecía sobre el mostrador, estuviérase las horas muertas charla que te charla con *Ravioles* ó con los profesores de la orquesta, sin dar oídos á los ruegos de Genaro, su lazarillo, que se moría de sueño por la inacción y por el trasnoche. Hasta lo interrogó cierta ocasión, muy agitada con el baile y con las copas bebidas:

—Hipo ¿viene Ud. por mirarme? la verdad! Me daría tantísimo placer el que alguien me cuidara así...

Y el ciego, socarronamente, pero apretándole un brazo, arriba del codo, le repuso:

—¿Cómo he de venir por mirarla á Ud. si soy ciego?... Yo vengo porque me encanta la parranda y la bulla y la borrachera, soy un gran vicioso ¿ó no, Genaro?—agregó interrogando con la contera de su bastón al sonámbulo lazarillo.

Mas al alejarse Santa remolcada por pollos y gallos, no está averiguado si en soliloquio ó en parlamento con Genaro, masculló:

—No vengo por verte, sino por sentirte, por oírte, por adorarte. ¡Maldita sea mi...!

También "El Jarameño" asomaba muy corrida la noche; también llevaba su cauda, de banderilleros, peones, picadores y mozos de espada que le llamaban "maestro", sin pestañear lo atendían y en todo demostrábanle singular estimación y respeto.